

Memorabilia

El tiempo de Juan Agustín Palazuelos

FILEBO

Con motivo de una crónica de Gonzalo León Pastene en la Revista de Libros de "El Mercurio" (19 de febrero de 2000), en que se habla de dos escritores chilenos fallecidos en plena juventud, Héctor Barrueto (1916-1936) y Juan Agustín Palazuelos (1936-1969), me he puesto a pensar en este último, a quien conocí de cerca.

En Chile, donde la vigencia activa de un escritor no sobrepasa nunca los veinte años, no sé si será exagerado referirse, en el caso específico de Barrueto y Palazuelos, a "grandes promesas destruidas".

Si es por ver cómo entre nosotros el tiempo demora poco en triturar la obra de épocas pasadas, pregúntesenos por Augusto D'Halmar, por Luis Durand, por Eduardo Barrios, Mariano Latorre, José Santos González Vera, Manuel Rojas.

¿Quién se interesa en reeditarlos salvo que sea con la ayuda inestimable del Fondart? En general toda la literatura chilena, con la excepción internacional de Neruda, es un campo lleno de cruces que no visita nadie.

Cuando hace años unos cuantos escritores encabezados por Nicanor Parra y Antonio de Undurraga -el aceite y el vinagre- pretendieron recordar con una romería al cementerio el centenario de Carlos Pezoa Véliz, que, nacido

en 1879, murió en 1908, se encontraron con el problema de ignorar dónde estaba sepultado.

Gastaron un tiempo precioso en encontrar su tumba en el Cementerio Católico. Después, naturalmente, todos los romeros se reunieron en un machitún en un restaurante de las vecindades.

Esta palabra "machitún" por ágame de escritores la consideramos siempre originada en la inagotable inventiva humorística de Augusto D'Halmar. Es el propio D'Halmar el que en sus memorias ("Recuerdos olvidados") se encarga de aclarar que la palabra la habilitó, en este sentido gastronómico, el poeta Pedro Nolasco Préndez para nuestra literatura.

Cuando Juan Agustín Palazuelos, que en sus días ya no leía por gusto a D'Halmar, ni a Barrios, ni a Latorre, ni menos a Durand, se casó, se fue a vivir en una modesta casita que la familia Villanueva, muy generosa, le franqueó al lado de su mansión en la avenida Cristóbal Colón.

A una cuadra de Colón y a tiro de piedra de Hernando de Magallanes, yo terminaba de construir un "imponente edificio", según el hiperbólico decir del narrador Julio Silva Lazo en un diario del sur, "edificio" que en la práctica no era sino un simpático bungalow DFL 2, con sitio en una callecita empedrada.

A esta casa venía a menudo Juan Agustín, ya autor de la comentada novela "Según el orden del tiempo".

Juan Agustín era de esos escritores que no sentían menoscabada su dignidad -o su identidad- visitando a sus congéneres. Recuerdo que así como llegaba a mi casa, envuelto en su antigua capa heredada de algún colega bohemio del tiempo del primer Juan Agustín Palazuelos, con su bastón de avellano y acompañado de su perro "Moya", visitaba asiduamente a Nicanor Parra y a José Donoso.

De sus visitas a Donoso se quejaba con frecuencia de las vedas forzosas que le imponía su amigo a la conversación por cambios bruscos de estado de ánimo.

De la casa de Parra en La Reina me trajo la noticia de que Roberto Parra, que se haría famoso con los versos de "La negra Ester", y el "Maestro Pinina", que trabajaba en la albañilería de la vivienda de Nicanor Parra, eran una misma persona.

En Buenos Aires era recibido a manteles por el frugal Ernesto Sábato, si se puede decir así, en su hogar de Santos Lugares.

Yo le tomé un enorme cariño a Palazuelos. Nunca me pareció egocéntrico ni presuntuoso. A la hora de los adioses pronuncié una oración fúnebre en el camposanto.